

# CULTURAS BANANERAS

Producción, consumo  
y transformaciones  
socioambientales



John Soluri

# Culturas bananeras: producción, consumo y transformaciones socioambientales

BIBLIOTECA SOCIEDAD Y TECNOCENCIA

**Colección Estudios Sociales de Tecnociencia desde  
América Latina**

Director  
**Alexis De Greiff**

Culturas bananeras:  
producción, consumo y  
transformaciones socioambientales

John Soluri



Soluri, John

Culturas bananeras : producción, consumo y transformaciones socioambientales / John Soluri; prólogo Reinaldo Funes Monzote. - Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Nacional de Colombia, 2013.

400 p.; 24 cm.

Incluye bibliografía.

1. Industria del banano - Historia - América Latina 2. Industria del banano - Aspectos sociales 3. Bananos - Industria y comercio - Aspectos ambientales 4. Consumo de banano I. Funes Monzote, Reinaldo, 1969- , pról. II. Tít.

338.1747 21 ed.

A1397973

© John Soluri

Titulo original: Banana Cultures. Agriculture, Consumption, and Environmental Change in Honduras and the United States

© 2005 by the University of Texas Press

© La presente edición 2013

© De la traducción, Vita Randazzo

© Universidad Nacional de Colombia  
Ciudad Universitaria, Bogotá D.C., Colombia

PBX: (57-1) 316 50 00

[www.unal.edu.co](http://www.unal.edu.co)

© Siglo del Hombre Editores  
Cra 31A n.º 25B-50, Bogotá D. C., Colombia  
PBX: (57-1) 337 77 00, fax: (57-1) 337 76 65  
[www.siglodelhombre.com](http://www.siglodelhombre.com)

Diseño de carátula  
Alejandro Ospina

Armada electrónica  
Ángel David Reyes Durán

Conversión a libro electrónico  
*Cesar Puerta*

e-ISBN: 978-958-665-290-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

# ÍNDICE

## PRESENTACIÓN

*Alexis De Greiff*

## PRÓLOGO

*Reinaldo Funes Monzote*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

## INTRODUCCIÓN

LA INTEGRACIÓN DE LA PRODUCCIÓN, EL CONSUMO Y LAS TRANSFORMACIONES SOCIOAMBIENTALES

## CAPÍTULO 1

EL NACIMIENTO TRASNACIONAL DE LA CULTURA DEL BANANO

Los bananeros de la Costa Norte

Entre finca y mercado

La cultura norteamericana de consumo

## CAPÍTULO 2

INVASORES DEL ESPACIO

Mercados de masas, culturas de consumo y calidad

Fincas fugaces: *el mal de Panamá* y la agricultura pasajera

## CAPÍTULO 3

PAISAJES Y PASAJEROS

La sombra de la plantación  
Los efectos contradictorios de la agricultura transitoria

CAPÍTULO 4  
SIGATOKA, TECNOCENCIA Y CONTROL

La tecnociencia del control de la Sigatoka  
El trabajo del control de la Sigatoka

CAPÍTULO 5  
RETORNO A LA *PRISIÓN VERDE*

Buscando buena chamba  
El entorno del trabajo  
Campeños y capataces  
El entorno de los campos

CAPÍTULO 6  
LA SEÑORITA CHIQUITA

CAPÍTULO 7  
LA QUÍMICA

CAPÍTULO 8  
CULTURAS DEL BANANO EN PERSPECTIVA COMPARATIVA

El comelón: formación de los mercados masivos en EE.UU.  
Gustos finos: la evolución de los estándares de calidad  
Campos de poder: producción y proceso ambiental

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de archivo  
Archivo Nacional de Honduras, Tegucigalpa

Archivo de la Gobernación de Atlántida, La Ceiba,  
Honduras

Archivos municipales, Honduras

Fundación Hondureña de Investigación Agrícola (FHIA), La  
Lima, Cortés

Documentos personales del Dr. Robert H. Stover, La  
Lima, Honduras

Biblioteca Baker, Escuela de Negocios de Harvard,  
Cambridge, Massachusetts

Biblioteca Countway de Medicina, Escuela de Medicina  
de Harvard, Boston

Biblioteca Howard-Tilton, Universidad de Tulane, New  
Orleans, Louisiana

Estados Unidos, Biblioteca del Congreso, División de  
Geografía y Mapas, Washington D. C.

Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Washington,  
D. C.

National Museum of American History, Washington, D.C.

Hunt Institute for Botanical Documentation, Pittsburgh,  
Pennsylvania, EE.UU.

#### Periódicos

Documentos gubernamentales hondureños publicados

Entrevistas del autor (realizadas y grabadas entre junio y  
septiembre de 1995)

Fuentes publicadas

Fuentes inéditas

## PRESENTACIÓN

*Banana Cultures*, como se tituló este libro en su edición original, ha sido ampliamente celebrado, galardonado y leído. Hasta la presente publicación, solo los angloparlantes han podido disfrutarlo, no obstante ser una historia desde América Latina. Digo *desde* y no *sobre* América Latina (o al menos no solo), porque sin grandilocuentes pretensiones y gracias a una balanceada combinación de microhistoria, economía política, estudios literarios y análisis de ciencia y tecnología, el profesor John Soluri aborda algunos de los mecanismos de construcción de la modernidad, examinando la producción y el consumo de bananos. Tomando la Costa Norte de Honduras como pivote, Soluri dibuja el globo de la expansión capitalista. A pesar de la especificidad geográfica, se trata de espacios, actores, relaciones y juegos que nos son familiares a los países del 'sur'. Por eso es una historia que parte de América Latina pero que se proyecta al resto del mundo al reconstruir algunos de los mecanismos de un modelo que se ha ido universalizando: la "modernización al estilo yanqui", como él mismo lo llama.

Esta práctica del desarrollo mantiene en la ciencia y en la tecnología su más poderoso aliado, tanto desde el punto de vista del discurso (al justificar 'racionalmente' las relaciones de poder) como desde el punto de vista socio-económico (al administrar recursos a partir de lógicas de 'optimización') y ambiental (al producir nuevos objetos 'naturales'). Nada es, pues, puro, en esta historia. Ni los campesinos, ni las instituciones locales, nacionales y transnacionales, ni los empresarios, ni la Sigatoka, ni los fungicidas, ni las tortillas

que hacen las mujeres de los trabajadores, ni los ferrocarriles, ni las cajas en donde se empaca la fruta, ni por supuesto los bananos... Puede que hayan existido alguna vez en forma pura, pero la red que sostiene a esta historia es la de los híbridos. Cuando se contagian unos a otros producen el mundo de relaciones que nos interesa. En su forma pura son imperceptibles y, por consiguiente, irrelevantes. Más aún, sin actores como las enfermedades o los químicos, esta historia sería ininteligible. La narrativa de Soluri lleva la marca de una promiscuidad ontológica que permite mirar al discurso del desarrollo con sano escepticismo.

Este libro, segundo de la Colección Estudios Sociales de Tecnociencia desde América Latina, muestra la política, la naturaleza, la tecnociencia y la cultura en un *continuum* que el autor desenreda con el cuidado que requiere esta abigarrada madeja. Pasamos suavemente de una plantación de banano, a los corredores ministeriales de un gobierno centroamericano; entramos a un laboratorio mientras Miss Chiquita canta y baila en la televisión y una ama de casa estadounidense prepara una receta con un producto exótico que ha entrado a su canasta familiar corriente. El mercado produce bananas estandarizadas: la biodiversidad agrícola dependerá de la metrología que determina la "calidad de la fruta". La imagen de una omnipotente United Fruit Co. no sobrevive. Los pequeños productores tienen margen para negociar, actuando en forma a veces impredecible pero no menos racional que la empresa. Esta historia no teme examinar el poder, pero evita las visiones complotistas y mecanicistas. No es una narrativa aséptica sobre cómo se construyen las redes de la producción y el consumo masivos, pero tampoco una denuncia ideológica anclada en los dogmas marxista o liberal, que reducen a las comunidades a simples *banana republics*.

Este complejo ensamblaje de poder, conocimiento, explotación, mercados, depredación y producción cultural se

enmarca en la más profunda de nuestras transformaciones socio-técnicas: la que surge de la agricultura y la alimentación, prácticas específicas de cada civilización. ¿Cómo será el juicio de la historia a la nuestra? El autor de este libro no pretende dar una respuesta, pero su rigurosidad y compromiso nos invitan a formarnos una opinión informada.

Pocas veces podemos reconocer que tenemos en las manos un libro 'rompe aguas'; cada página de John Soluri es irreductible a una sola disciplina. Desde ya es un clásico en los estudios interdisciplinarios con vocación transcultural, por lo que nos honra poder presentarlo a un público que lo necesita y lo merece.

Alexis De Greiff A.  
*Departamento de Sociología, Centro de Estudios Sociales,  
Universidad Nacional de Colombia  
Bogotá, mayo de 2013*

## PRÓLOGO

*La conquista de los trópicos* fue el alegórico título escogido por Frederick Upham Adams para su libro de 1914 dedicado a la evolución de las “empresas creativas” conducidas por la United Fruit Company en las costas de El Caribe y de Sudamérica. Una conquista que al decir del autor sería recogida por los futuros historiadores como el logro monumental de la nueva era. Expresaba así una idea muy extendida en los discursos imperialistas y racistas vinculados a la expansión europea hacia África y Asia, facilitada por los nuevos medios de transporte, los avances en materia sanitaria, las armas de fuego y las comunicaciones modernas. Algunos años antes, el ideólogo social darwinista británico, Benjamin Kidd, había propugnado, en una obra de 1898, por “el control de los trópicos” por parte de las dos grandes potencias de habla inglesa a ambos lados del Atlántico: el Reino Unido y los Estados Unidos de América. Sin embargo, esa aspiración tropezaba, a su juicio, con las dificultades para la “aclimatación del hombre blanco” en aquellas regiones, sin sufrir la “degeneración” propia de las poblaciones nativas. De modo que se trataba, ante todo, de una conquista comercial antes que de un sistema de asentamientos coloniales.

En aquel mismo año 1898 se producía en los escenarios americanos uno de los acontecimientos que marcarían el ascenso formal de los EE.UU. al plano de potencia mundial, con su intervención en la guerra de independencia que se libraba en Cuba y su ocupación de las posesiones coloniales

de España en El Caribe y El Pacífico. Fue ese el contexto en el que se produjo la comprobación de la teoría del médico cubano, Carlos J. Finlay, sobre la existencia de un agente biológico en la transmisión de la fiebre amarilla, la hembra del mosquito *Aedes aegypti*, como parte de las labores de una comisión formada por el ejército estadounidense durante su permanencia en Cuba (1898-1902). Esta enfermedad, junto con la malaria, era considerada históricamente como uno de los principales valladares para el éxito de la inmigración europea en los trópicos; de manera que contar con la base científica para eliminarla se convertiría en un poderoso auxiliar en la expansión de los intereses económicos, comerciales y políticos del naciente imperialismo yanqui en el subcontinente americano.

La erradicación total de la fiebre amarilla en La Habana fue resaltada por el entonces jefe del Departamento de Sanidad del ejército interventor, William C. Gorgas, quien escribió en su último informe de julio de 1902: “[...] durante el primer año de nuestra vida en los trópicos perdimos 67 hombres de cada mil, por enfermedad; y durante el último año de nuestra permanencia habíamos ganado tanta experiencia que nuestra pérdida solo fue de 7 hombres por mil”. Para Gorgas esta experiencia sería de suma utilidad para su posterior desempeño como Jefe de Sanidad en las obras del canal de Panamá, pues las medidas sanitarias serían claves para la conclusión de este monumental proyecto de la ingeniería moderna, que marca el inicio “oficial” de la llamada “conquista de los trópicos” en el hemisferio occidental.

El nuevo discurso hegemónico de los EE.UU. hacia Latinoamérica asumió el carácter de un proceso civilizatorio en nombre del crecimiento económico o el desarrollo y sus correlatos de progreso en el orden científico y tecnológico, aunque no estuvo exento de intervenciones militares. Esta paulatina imposición de la supremacía estadounidense, secundada por la ideología y las instituciones

panamericanas, condujo a una masiva transformación o domesticación de los ecosistemas, con vista a materializar sobre el terreno lo que Kidd, el teórico del predominio anglosajón, llamaba en 1898 “el control de los trópicos” y que otros más tarde tradujeron como dominio o conquista. Uno de los mejores emblemas de esa era fue el ascenso de la producción, la comercialización y el consumo del banano desde fines del siglo XIX, que estudia John Soluri para el caso de las relaciones entre Honduras y los EE.UU., en el libro que ahora presentamos. Y esto, como resalta el autor, tiene mucho que ver con el hecho de que aquel fruto fuera tomado como el ejemplo por antonomasia de la vida tropical, en donde solo bastaba estirar la mano para alcanzar un banano y sobrevivir. Una imagen que, por supuesto, no escapa a las construcciones teóricas racistas y xenófobas durante la nueva fase del imperialismo colonial de las llamadas potencias “occidentales” del siglo XIX e inicios del XX, puesto que la discriminación racial y climática marcharía a la par.

El comercio de frutos tropicales con los EE.UU. no era una novedad antes de que entrara en escena el banano, pero, sin duda, se trataba de una etapa distinta a la que representaban otros productos como el azúcar y el café hasta llegar al siglo XIX. El citado libro de Adams ofrece una imagen muy reveladora al respecto, cuando se refiere a que el creciente consumo de este fruto por los estadounidenses era el resultado de la nueva maquinaria de producción y distribución que fue creada en la era de invenciones de 1870 a 1890. Rememoraba la primera vez que vio un banano, cuando su padre lo llevó en Filadelfia a la Exposición del Centenario, en 1876, como parte de la sección de horticultura, en un pabellón del gobierno. Esa mañana, mientras caminaba por la ciudad con su padre, de quien dice que podía ser el único allí en haber visto la planta en sus viajes a El Caribe y Centroamérica, se detuvieron en una tienda de frutas que vendía bananos

como un gran lujo importado desde Sudamérica. Sobre su precio, el padre le indicó que era lo que podría recibir “un nativo” en un mes entero; y más tarde, al comerlos, le comentó que no eran muy buenos comparados con los que probó directamente en el trópico, y que de hecho algunos ya estaban en mal estado.

En comparación con la situación vivida más de tres décadas después, Adams escribe que habría que unir tres de aquellas bananas de 1876 para hacer una de las que ya se consumían masivamente en los mercados de EE.UU. Hacia la fecha de la aparición de su libro, la diferencia del precio era 20 veces inferior, al por menor, respecto a lo que había pagado su padre en 1876. Entonces, no consideraba exagerado afirmar que el pueblo estadounidense consumía diez veces más bananos que los países latinoamericanos en donde se producían. No obstante, admitía que su sabor no era el mismo que tenía en los lugares de origen, porque los racimos tenían que embarcarse verdes, y por el proceso químico al que se sometían para su preservación. Según sus palabras, la naturaleza no tenía la posibilidad de perfeccionar su trabajo. Por el contrario, el banano comercial era el resultado de “el hombre orgulloso que triunfa sobre la naturaleza”.

El libro de Adams es un fiel reflejo de la ideología que presidió el proceso de expansión de los intereses de las grandes empresas y del gobierno de los EE.UU. hacia los países de América Latina, estuvieran o no dentro de la franja de las zonas tropicales y subtropicales, pero que en el caso de la United Fruit Company y de otras compañías dedicadas a la producción y comercialización del banano, debido a la ecología de la planta, corresponden específicamente a las zonas bajas y cálidas del subcontinente. De modo que se pueden encuadrar de forma más fidedigna dentro de un proceso que, en palabras de Adams, era la historia de “una pacífica y honorable conquista de una porción de la América tropical de la que

cada ciudadano (estadounidense) debería sentirse orgulloso”.

La historia que nos presenta John Soluri es otra bien diferente desde muchos puntos de vista; y sobre la cual sería difícil proclamar el orgullo demandado por Adams, al menos si se consideran los grandes impactos humanos y ecológicos que trajo aparejado el éxito económico y comercial del banano, así como sus implicaciones políticas para los países productores. Su cronología también es distinta, pues, aunque comienza desde el último tercio del siglo XIX, con el lento afianzamiento de una economía agro-exportadora en Honduras, se centra más en un período posterior, cuando el país comienza a convertirse en la principal zona productora de banano en Centroamérica, reemplazando a las que fueran dominantes hasta 1914 en las costas de los países vecinos. Justo en 1912 la United Fruit Company recibió las primeras concesiones en Honduras, y junto con otras compañías fruteras de capital estadounidense, tendría en adelante un protagonismo cada vez mayor en la historia de la nación centroamericana.

Varios autores han abordado el estudio de la influencia de las grandes corporaciones estadounidenses que controlaban la producción y el comercio del banano en América Latina, pero antes de este libro ninguno se había detenido, como lo hace Soluri, a profundizar en la estrecha conexión de las variables ecológicas y medioambientales con las económicas, políticas y sociales, que hasta ahora han recibido la mayor atención, así como en los nexos entre las zonas productoras y el mercado consumidor. La obra se inserta dentro del movimiento de la historia ambiental, y muestra su vocación interdisciplinaria, con el fin de tender puentes entre las ciencias sociales y las ciencias naturales que permitan analizar críticamente la singularidad de la sociedad contemporánea dentro del conjunto de la historia humana. Como bien lo señala el autor, el asombroso aumento del consumo del banano y otras frutas frescas en

los EE.UU. no habría sido posible sin la confluencia de las locomotoras y buques de vapor capaces de transportar a largas distancias y a velocidades antes inalcanzables materias voluminosas y perecederas, de los furgones climatizados y frigoríficos, de los nuevos productos químicos para combatir las plagas o restituir las condiciones de fertilidad, de los intercambios globales entre los expertos científicos; es decir que “la transformación del banano de una novedad a un artículo de consumo fue un producto de la era del combustible fósil”.

Soluri nos ofrece un apasionante recorrido por los diversos factores que interactúan en la conversión del banano en un artículo de masas; una transformación en tiempo récord si se compara con otros productos tropicales como el azúcar o el café. Entre esos factores aparecen: la integración vertical de grandes empresas o *trusts*, para lograr economías de escala a través del control de la producción, el transporte, la distribución y el mercadeo; las nuevas técnicas de administración empresarial; la formación de redes ferroviarias en los territorios productores; los cambios sociales en las ciudades estadounidenses, como el acceso de la mujer al trabajo y la comida rápida; así como los discursos sobre el progreso y el desarrollo impulsados desde los centros de poder y desde las propias compañías, que eran abrazados con fervor por las elites locales y los habitantes citadinos o rurales de los países productores.

No obstante, el autor está en contra de las lecturas lineales, y presenta un panorama mucho más complejo, en donde la producción de banano para la exportación se acerca más a una serie de improvisaciones que a un bien planeado guion de manejo del poder político de las compañías bananeras y sus representantes locales o foráneos. Ese poder condicionó, sin duda, la trayectoria histórica de la producción del banano de exportación en Honduras y otros lugares, pero no la determinó, porque también tomaron parte de manera muy decisiva las

prácticas culturales en los mercados consumidores y en las zonas productoras, así como los procesos biofísicos, a los que el libro presta una particular atención. Dentro de estos últimos, tuvieron un lugar destacado los grandes cambios ecológicos provocados por los nuevos paisajes de las extensas plantaciones bananeras establecidas en zonas boscosas, las inundaciones, los mosquitos o las serpientes, la pérdida de fertilidad de los suelos, así como el influjo de las grandes plagas que configuraron la relación entre producción y mercado, junto con las alternativas para combatirlas por parte de las compañías fruteras.

La obra de Soluri reúne protagonistas humanos y no humanos; y entre los primeros, desde dignatarios y administradores hasta las más diversas categorías de trabajadores del mundo del banano; desde productores individuales, fumigadores y arrieros hasta el creciente sector del empleo femenino en las plantas empaquetadoras de la segunda mitad del siglo xx. Un elemento por destacar es la amplia gama de fuentes que se utilizan; entre las que no faltan entrevistas personales a empleados de distinto rango que hicieron parte de la historia de la producción bananera en Honduras. El autor enfatiza las profundas desconexiones entre los consumidores de la fruta en el destino final y las condiciones de trabajo en las zonas productoras, tanto en el aspecto social, por la desposesión de la tierra, la precariedad del trabajo o los abusos de poder, como en los efectos a corto y largo plazo sobre la salud de los trabajadores por el empleo de agroquímicos. De igual forma, debemos agradecer el esfuerzo por insertar la historia del banano en el contexto de otros alimentos vinculados al cultivo en forma de plantaciones en gran escala, como son el azúcar y el café en las zonas tropicales, y las naranjas, frutas frescas y viñedos en los EE.UU. Con esto se llama la atención sobre la necesidad de una mirada transnacional a la historia, sobre todo en el período de la civilización industrial.

Este libro constituye un valioso aporte para quien busque profundizar en la historia ambiental latinoamericana. Basta mencionar que los estudios de Soluri sobre el banano en Honduras y sus conexiones con el mercado de masas de esta fruta en EE.UU. han sido merecedores de dos de las mayores distinciones por parte de la American Society for Environmental History: el premio Leopold-Hidy para el mejor artículo publicado en *Environmental History* en 2003, y el premio George Perkins Marsh al mejor libro de historia ambiental publicado en el año 2007, por la versión en inglés que sirve de base para la presente edición. Con ambos reconocimientos, el autor honra, dentro de la academia norteamericana, al creciente grupo de historiadores ambientales que dirige su atención hacia los temas de América Latina y El Caribe.

La historia de la producción y consumo del banano resulta inseparable, como destaca Soluri, de la construcción de las ideas sobre el trópico y la tropicalidad, así como de sus mutaciones a medida que se yuxtaponen los procesos locales y globales con el avance de la internacionalización. No es casual que uno de los grandes estereotipos que se asocian al fruto, desde la mirada del autoproclamado mundo civilizado de Occidente, sea el famoso calificativo de “repúblicas bananeras” con el que se suele identificar a los países y gobiernos latinoamericanos y caribeños, aunque para algunos con más énfasis que para otros.

En ese tipo de imágenes la acusación casi siempre recae sobre los actores locales, sin reparar en la parte muchas veces determinante de los protagonistas que resultan invisibles para quienes desconocen los entresijos de historias como la que nos alumbró Soluri. No sería exagerado sugerir que su libro adquiere especial actualidad, a partir de lo ocurrido con el golpe de Estado en Honduras el 28 de junio de 2009. Pero más allá de ver un caso en particular, estamos en presencia de un estudio que profundiza en la compleja interdependencia del mundo en

que vivimos y sus profundas asimetrías, ante lo cual el autor no se limita a un ejercicio académico e intelectual para crear un nuevo conocimiento, sino que participa y nos conmina a enfrentar el reto de asegurar modelos alternativos agroecológicos y culturales que reconozcan las interconexiones dinámicas entre los lugares de producción y consumo y entre las transformaciones sociales y las medioambientales. En ese camino, como nos enseña *Culturas bananeras*, la historia ambiental no puede ser ajena a la tarea de transformar un sistema global que requiere de un cambio urgente en los paradigmas civilizatorios dominantes.

Reinaldo Funes Monzote

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Hoy por la mañana, después de tomar un cafecito, me comí una “banana” (es decir un plátano, o banano, o guineo, o mínimo) antes de salir al parque con el perro-mascota. Son pequeños actos —casi rituales— como estos los que constituyen la vida cotidiana. Es “lo típico”. Pero la vida cotidiana no significa cosas sencillas ni tampoco triviales. El café, la fruta (y a lo mejor el alimento del perro) me vinculan a entornos y trabajadores diversos en América Latina. Por ejemplo, el banano llevaba un sello con las palabras “producto orgánico” y “comercio justo” (*fair trade*), que indica mucho sobre el ingreso económico de mi familia profesional norteamericana, tanto como sobre las redes contemporáneas de productores y consumidores que pretenden construir cadenas de comercio “alternativas” a las que dominan los mercados de consumo de masas.

Hace veinte años, cuando empecé un programa de posgrado sobre historia latinoamericana, apenas existían los bananos orgánicos y el café de comercio en las tiendas norteamericanas. En aquel entonces me interesó la región centroamericana debido a las revoluciones, las guerras civiles y la política intervencionista del gobierno de mi país, que me parecía muy destructiva. Además de esto, había mucha preocupación sobre la alta tasa de deforestación tropical y una gran discusión acerca de cómo detenerla. La figura del brasilero Chico Mendes me llamó la atención por su defensa de los bosques y los sustentos rurales. Ese fue el contexto dentro del cual llevé a cabo un estudio socio-agroecológico de la historia de la producción y consumo del

banano —un producto a la vez sencillo y complicado, cómico y serio, que ha enlazado las Américas y las ha dividido—.

Hace veinte años, la historia ambiental —igual que el comercio justo— estaba en su infancia. Hoy día, en cambio, la historia ambiental está floreciendo en la forma de congresos internacionales, libros, revistas y programas de posgrados. Desde Vancouver hasta Buenos Aires hay investigadores trabajando una gran variedad de temas relacionados con las transformaciones ecológicas en las Américas (y más allá). No cabe duda de que la historia ambiental está motivada por la percepción colectiva de una actualidad marcada por cambios climáticos, erosión de la biodiversidad y conflictos socio-ambientales. Pero si bien la historia ambiental tiene compromisos (a veces implícitos) con movimientos intelectuales y/o populares organizados alrededor de discursos, símbolos y prácticas “verdes”, también debería cuestionar e investigar los supuestos, silencios y límites de aquellos. Es decir que el gran desafío de la historia ambiental es revelar la indisolubilidad de lo humano y lo natural, sin dejar de fijar o buscar “lo esencial” en procesos dinámicos cuya naturaleza es variable y está entrelazada de elementos culturales y biológicos. La historia ambiental debe ir más allá de mostrar “el hecho” de las interrelaciones entre la naturaleza y el mundo humano, con el propósito de revelar cómo y por qué sus dinámicas han afectado y siguen afectando a la humanidad. La motivación intelectual de *Culturas bananeras* es indicar que el banano es a la vez un organismo biológico y un artefacto cultural, un híbrido co-producido por la agricultura moderna y los mercados de masa.

Las ideas son intoxicantes: la historia verdadera ocupa espacio. En este caso, el espacio —o lugar— principal donde trabajé fue la Costa Norte de Honduras, una zona bananera ubicada en uno de los países más pobres y menos conocidos de las Américas. Estoy contento con la decisión

que tomé, en 1993, de comprar un pasaje en Ticabus y viajar de San José, Costa Rica, a Tegucigalpa. Vivir en Honduras no fue fácil pero tampoco reductible a etiquetas como “república bananera”, “enclave”, “país-en-desarrollo” o “sur global sur”. Encontré gente amable y generosa (sobre)viviendo en condiciones difíciles. El golpe de Estado de 2009 trajo problemas muy graves para el pueblo hondureño como la violencia y la represión estatal. La reacción del gobierno estadounidense frente al golpe reveló una vez más la debilidad de su compromiso con la democracia en América Latina. Lamentablemente aún es necesario luchar contra el olvido de la historia de la dominación norteamericana sobre el Gran Caribe en el siglo xx. Por eso espero que los lectores colombianos, costarricenses o ecuatorianos encuentren tendencias y dinámicas parecidas a las de sus propias historias nacionales, pero que también presten atención a un país a menudo subestimado tanto por los mismos latinoamericanos como por los gringos.

\*\*\*

Ideas, cuentos e historias son netamente sociales —sus vidas y sus poderes dependen, casi por completo, para su circulación, de redes de actores humanos—. En este sentido este libro no es “mío” sino que aglutina una serie de colaboraciones de personas generosas. Son muchas las que merecen agradecimientos atentos y profundos (en español) por la fuerza que hicieron para que saliera primero *Banana Cultures* y ahora *Culturas bananeras*. Reconozco, ante todo, al historiador hondureño, Darío Euraque. No hay quien haya hecho más en los EE.UU. por investigar la historia moderna de Honduras. Cuando yo era un joven estudiante me ayudó a construir puentes entre los mundos de Honduras y los EE.UU. Además, me abrió las puertas de los archivos institucionales y me presentó a varios contactos en la Costa

Norte. Recuerdo bien el día en que nos conocimos en Tegucigalpa y me preguntó: “¿Por qué Honduras?”. Espero ya haberle contestado. Cuando trabajaba como director del Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAH), Darío me motivó a publicar *Banana Cultures* en español. Agradezco los esfuerzos de Víctor Ramos, Christine Schweers y Saul Bueso, del IHAH, además de los de Vita Randazzo, quien hizo la traducción inicial del texto. Lamento que los acontecimientos de 2009 obstaculizaran nuestra colaboración.

Justo cuando el proyecto parecía muerto, llegó el salvavidas desde Colombia. Estoy muy agradecido con Alexis De Greiff, director de la Colección Estudios Sociales de Tecnociencia desde América Latina, de Siglo del Hombre Editores, por su invitación a publicar la traducción de mi libro. También con el equipo de edición de Siglo del Hombre, en especial con Bárbara Gómez, coordinadora editorial, y con Jineth Ardila, correctora de estilo, ambas caracterizadas por sus altas capacidades y una paciencia infinita.

Además quisiera agradecer a muchas personas que hicieron posible la investigación original en Honduras: a Mario Argueta y su familia; a los empleados del Archivo Nacional de Honduras, incluidos los antiguos directores, Freddy Oswaldo Flores y Carlos Maldonado; a mi amigo y asistente incomparable del archivo, Lenin Valenzuela y su familia; a Hugo Noé Pino; a Will Renán Díaz; a Irma Soto; a Evaristo López Rojas; al doctor Adolfo Martínez; a la licenciada Emily de Alvarado; a Roger Medina; al difunto Robert Harry Stover; a Jorge Romero; al difunto Phil Rowe; a Juan Fernando Aguilar; a Eugene Ostmark; a J. P. Sánchez y a los empleados de las secretarías municipales de La Ceiba, El Progreso, Sonaguera, Tela y Olanchito. Igualmente a Michael Pacey quien elaboró los mapas aquí incluidos a partir de mapas históricos.

Reservo el reconocimiento más atento para los hombres y las mujeres (cuyos nombres figuran en las notas de pie de

página) que me contaron las historias de sus vidas en las zonas bananeras de la Costa Norte. A menudo llegaba a sus casas sin aviso, y casi siempre me recibieron como si fuera un primo perdido. Ojalá tengan la oportunidad de leer este libro. Tuve la suerte de hacer muchos amigos hondureños, como el doctor Juan Almendares, Marvin Barahona, los difuntos Leonel Callejas y Lourdes de Callejas, Fabio Cárcamo, Dolores Duarte, Pepe Herrero, Gladys Lanza, Ennio Maldonado, Narda Meléndez, la familia de Carlos Valdez de La Ceiba y los vecinos de Ojojona, pueblito encantado.

Mis viajes y estadías en Honduras fueron financiados, en su mayor parte, por la Universidad de Michigan, la fundación A. W. Mellon y la Universidad Carnegie Mellon. Además, la editorial de la Universidad de Texas colaboró en la transformación de una tesis doctoral sobre un tema raro en un libro premiado. Posteriormente, la misma editorial facilitó la versión en español, al ceder sus derechos sin compensación.

En los últimos diez años he participado en los simposios de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (SOLCHA). Abrazos a todos/as los solchero/as extraordinarios/as. Quiero destacar el apoyo y la amistad que, durante muchos años, me han brindado Reinaldo Funes, Stefania Gallini y Fernando Ramírez.

Finalmente, abrazotes a Amalia Crosson y Lucía Beatriz Soluri, quienes me renuevan siempre.

\*\*\*

Las investigaciones que constituyen la base de este libro se realizaron hace mucho tiempo. Tras el paso de los años, como ya lo he anotado, la historia ambiental ha avanzado mucho. Por tanto, este estudio tal vez funcione menos como modelo y más bien como una línea de base para medir los avances del campo. Espero escuchar las inquietudes y las críticas de una nueva generación de historiadores

ambientales, que traen sus propias ideas, metodologías, y visiones del futuro. Aunque la industria bananera ya no es tan importante como lo era antes, en cuanto a su contribución a la economía del Gran Caribe, la historia de las zonas bananeras sigue siendo muy relevante en América Latina y El Caribe, donde la expansión de las agroexportaciones no-tradicionales, tales como los biocombustibles y los productos de sistemas de acuicultura, da lugar a nuevos conflictos engendrados por dinámicas socio-agroecológicas parecidas a las del siglo pasado.

Si bien este libro trata mucho de las tecnociencias agrícolas, lo hace porque creo que representan fuerzas poderosas que afectan las vidas cotidianas de campesinos y trabajadores rurales de todo el mundo. Paradójicamente, las personas responsables de hacer rendir la base de la alimentación humana, a menudo reciben menos beneficios aunque arrastran los mayores riesgos asociados con el desplazamiento de las tecnociencias. Por eso, doy la última palabra al poeta hondureño Roberto Sosa:

*Los pobres son muchos  
y por eso  
es imposible olvidarlos.*

Introducción  
LA INTEGRACIÓN DE LA PRODUCCIÓN, EL CONSUMO Y LAS  
TRANSFORMACIONES SOCIOAMBIENTALES

*La primera taza azucarada de té caliente bebida por un trabajador inglés fue un acontecimiento histórico significativo, porque prefiguró la transformación de la sociedad entera, al rehacer totalmente su base económica y social. Debemos luchar por entender completamente las consecuencias relativas y los acontecimientos relacionados con esto, porque sobre ellos fuimos erigiendo un concepto enteramente diverso de la relación entre los productores y los consumidores, del significado del trabajo, de la definición de uno mismo y de la naturaleza de las cosas.*

Sidney Mintz, 1985

*Una vez que pasaron a las manos de la United Fruit, los pantanos y las selvas tropicales pronto florecieron como inmensos escenarios de deliciosas plantas verdes de bananos, dispuestas en filas, en un suelo bien drenado, correctamente fertilizadas e irrigadas. Las progresivas prácticas agrícolas nunca antes vistas, con respecto a enarenar, irrigar y rociar, en una lucha interminable contra la enfermedad de la planta, produjo millones de racimos de 'oro verde' para la exportación.*

Stacy May y Galo Plaza, 1958

Hoy en día, el banano es una fruta ubicua en los EE.UU. Se vende en supermercados, gasolineras, aeropuertos, y en restaurantes que sirven comida rápida. Pero no siempre fue este el caso. Antes de mediados del siglo XIX, pocos residentes de los Estados Unidos habían probado un banano y menos todavía lo habían comido de forma regular. Sin embargo, el último trimestre del siglo XIX atestiguó una gran alza en el consumo de banano en los Estados Unidos, superando las fronteras de género, clase, raza y región. Antes de los años veinte, la única fruta fresca que se comía en mayores cantidades en la nación era la manzana. En ese momento, la palabra *banana* adquirió significados simbólicos importantes, deslizándose en el argot anglófono de la calle, en la música popular, la comedia, la literatura y la poesía. El banano llegó a ser uno de los productos del trópico que ayudó a definir la cultura popular de los Estados Unidos.

Si bien a inicios del siglo XX el banano había perdido su significación exótica, no puede decirse lo mismo de sus lugares tropicales de origen. Escritores, comerciantes, diplomáticos y dibujantes yanquis tendieron a ver las zonas tropicales como un mundo aparte, lleno de gente negra, sensual y perezosa, que sobrevivía en gran parte debido a la fecundidad natural de los paisajes que habitaban. Esta opinión acerca de las tierras y de la gente del trópico se encuentra en la base de la expresión “república bananera”, acuñada en una novela de 1904 por O. Henry, el seudónimo del escritor norteamericano William Sydney Porter. La frase metafórica adquirió un poder discursivo importante, funcionando como explicación y justificación para los conflictos, la pobreza y las intervenciones políticas de los EE.UU., temas centrales de la historia centroamericana del

siglo xx. Paradójicamente, mucha gente en los Estados Unidos se ha distanciado de Centroamérica utilizando el banano —la misma materia que ha ligado las dos regiones por más de un siglo— como símbolo de sociedades “corruptas”, “atrasadas” y “subdesarrolladas”.

Honduras, uno de los principales países exportadores de banano del mundo entre las décadas de 1870 y 1970, era considerado por muchos observadores en los Estados Unidos como la “república bananera” sin par. Lo cierto es que los hondureños han hecho frente a más de lo que les correspondía en términos de inestabilidad, pobreza y política intimidante por parte de los EE.UU. durante el último siglo. Sin embargo, poseen su propio sistema de significados respecto a los bananos. Incluso más que para los Estados Unidos, los bananos y plátanos han llegado a ser parte central de la dieta de los hondureños. La mayoría de los jardines de los hogares hondureños —fueran estos cultivados por indígenas Pech en la Mosquitia o por profesionales urbanos en Tegucigalpa— incluían por lo menos un par de variedades de bananos y plátanos. La extensión de la producción de exportación a finales del siglo XIX transformó el banano, que pasó de ser un elemento de la dieta mundana a ser “oro verde”. La fruta simbolizaba las riquezas materiales que llenaban los sueños de muchos trabajadores en Honduras y en otras partes de Centroamérica. La producción de exportación dio lugar, en la Costa Norte, a una región llena de las maravillas de la modernización al estilo yanqui: hospitales, electricidad, fábricas de hielo, ferrocarriles, aeroplanos, radios, alimentos, ropa y música importados. La dinámica económica de la región atrajo a grupos heterogéneos de inmigrantes, que ayudaron a crear movimientos sociales y políticos de gran alcance en el siglo xx. Muchos escritores hondureños retrataron a los trabajadores del banano como íconos de la resistencia a la hegemonía y la explotación del capitalismo de los EE.UU. En Honduras, por lo tanto, el